

226

SERMON
DEL SAGRADO CORAZON
DE JESUCRISTO,

predicado en las Angustias de Granada año 1813.

Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos; manete in dilectione mea.
Joann. XV. 9.

Como el Padre me amó, así os he amado yo; permaneced en mi amor.

SEÑORES:

Para hablar dignamente del amor de Jesucristo y de la terneza de

I. IIX omr

227

VARIOS.

su Corazon para con el hombre, debia yo estar inflamado de aquellos santos ardores que abrasaban el corazon del amado discipulo cuando en la noche de la Cena estaba recostado sobre el pecho de su divino Maestro, ó con el fuego de caridad que animaba al apóstol de las gentes S. Pablo, cuyo corazon era el de Cristo, segun el Crisóstomo; *cor Pauli, cor erat Christi*. Pero sumergido en las tinieblas de mi propia ignorancia y cubierto con la asquerosa lepra del pecado, ¿qué podré decir que satisfaga vuestra piedad é inflame vuestro espíritu en el amor de nuestro Salvador, para corresponder en el modo posible a la fineza de su Corazon?

Conociendo mi insuficiencia enmudeceria ciertamente, sin osar acercarme al trono de la caridad de Jesucristo, si no me sirvieren de apoyo las palabras de mi tema, capaces por sí solas de encender vuestro es-

píritu en el amor de Dios, y de alentar vuestra confianza en el Señor. Como el Padre me amó, nos dice Jesucristo, así os he amado yo: permaneced en mi amor. De aquí concluye S. Agustín, que para honrar á Dios es necesario amarle. No puede pues formarse justa idea del amor del sagrado Corazon de Jesus al hombre, sin que éste le haga una total entrega del suyo: *dilexi vos; manete in dilectione mea*. Hé aqui, señores, el asunto que dividiré en dos reflexiones. En la I. os haré ver el amor que os tiene el Corazon de Jesus; y en la II. el que exige de vosotros. La materia no puede ser más interesante; pide toda vuestra atención y todo mi zelo por vuestra salud espiritual. Para sacar todos el deseado fruto, postrémonos con sumisión ante aquel augusto y adorable Señor Sacramentado, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave Maria.*

Thema ut suprà.

La iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, ha mirado siempre con privilegio de ciertas almas perfectas penetrar la terneza del sagrado Corazon de Jesucristo en orden al hombre. Parece, dice un sabio, que reservó Dios á los Bernandos, Buenaventuras, Franciscos de Sales, Juanes de la Cruz y Teresas de Jesus, hablar dignamente del amor de nuestro Salvador. Su Corazon amante que vela sin cesar sobre la eterna felicidad del linage humano, se dignó durante su vida mortal manifestarnos ciertos rasgos de su infinita bondad, como otros tantos irrefragables monumentos de su inefable caridad. La Judéa, el Calvario y el Altar serán siempre mi-

rados por los fieles como augusto teatro de su amor.

Alli su tierno Corazon busca solicito al pecador, instruye misericordioso al ignorante, cura compasivo al enfermo. En la cruz ofrece el sacrificio cruento de su preciosa Sangre por todo el género humano, y sobre el altar se inmola diariamente por todos los hijos de la iglesia en toda la redondéz de la tierra, conforme al oráculo de un profeta. ¡Qué caridad! ¡qué amor! ¡qué terneza de Corazon! ¡qué lugar tan distinguido ocupa el hombre en él!

Consultemos los evangelios, monumentos eternos de las bondades de Jesucristo y de los sentimientos de su Corazon para con los pecadores, este grande objeto de su divina mission. Alli notaremos con admiracion sus fatigas por buscarlos, sus tiernas lágrimas sobre su obstinacion, su prodigalidad con el arrepentido que le busca y le invoca, su pacien-

cia en esperar al delincuente; su alegría al verlo dócil á su gracia; Samaritanas, Jerusalén, Magdalenas, Lázaros, Pablos, hijos Pródigos, presentaos aquí por un momento á darme testimonio de la terneza del Corazon de Jesucristo con vosotros! Tranquilo en orden á los justos, á quienes anima con su gracia, protesta no viene á llamar á estos, sino á los pecadores: *non veni vocare justos, sed peccatores*; porque los sanos, dice, no necesitan de médico, sino los enfermos: *non est opus valentibus medico, sed male habentibus.*

¡Qué confianza, señores, no debe inspirar al pecador estas bondades del sagrado Corazon de Jesus! No le considereis ya como un Dios de las venganzas, que amenaza al pecador por sus profetas, sino como un Dios de misericordias y de todo consuelo, que lo ama y excita por medio de su gracia para que le in-

voque, á fin de perdonarlo. ¡Qué adorables lentitudes no emplea de ordinario con el pecador antes de castigarlo! Con frecuencia les da tiempo para penitencia, acreditando por este medio que los castiga como violentado por su justicia y en pena de su obstinacion. ¡Qué prueba tan auténtica de esta verdad nos presenta la España en nuestros dias! Profanados sus templos, arruinados sus altares, destrozadas las imágenes y los adorables signos de nuestra redencion, injuriado y pisado el Santo de los santos, perseguidos y sacrificados sus ministros, destruidos é incendiados los pueblos, robadas las propiedades, infinito número de mugeres y vírgenes violadas, gentes de todos estados y de todas condiciones entre sí rebeladas, sin caridad, sin humanidad, sin sociedad, en la más cruda guerra civil é intestina; todo, para decirlo de una vez, en una completa conyulsion; ¿Cuál

es el origen, os ruego, de tales y tantos males?

¡Ah! yo no dudo atribuirlos con el profeta Malaquías al pecado de los hijos de Jacob y de la casa de Israel, ó del pueblo cristiano que le ha substituido: digno castigo que sufrimos por haber abusado con obstinacion y por largo tiempo de los repetidos avisos que el Señor nos ha dado. Los terremotos, las guerras, la peste, las hambres que han precedido á la presente devastacion, ¿no han sido otras tantas adorables lentitudes de un corazon amante, que nos convidaba con misericordia á reconocer nuestros pecados y dexar las sendas de la iniquidad, antes que colmada la medida de sus sufrimientos se viese como precisado por su justicia á derramar su cólera sobre nosotros?

¿Mas qué digo? ¿Nos ha abandonado totalmente este Corazon benéfico? Aún nos hace, señores, en-

trever su adorable misericordia, aún nos dá fundadas esperanzas de recobrar nuestra amada patria, de sacudir el yugo de la esclavitud en que hemos gemido, de restablecer el verdadero culto y renovar la gloria de la iglesia de España. Mas para conseguir tanto bien, es indispensable la reforma de costumbres; pues nuestros pecados han sido y son la causa de tan gran ruina y desolacion: *in scelere Jacob omne istud, et in peccatis domus Israel.* Esta es una verdad auténtica en las santas escrituras, que al paso que prometen mil felicidades al pueblo que observa los mandamientos de Dios, anuncian y fulminan los mas terribles castigos contra los que se obstinan en quebrantarlos.

Oid al Señor en el levítico: "si no oyéreis y cumpliéreis mis mandamientos; si despreciáreis mis leyes.... yo os visitaré prontamente con carrestía y con un ardor que acabe con

vuestros huesos y consuma vuestras almas. En vano sembraréis los granos, que serán devorados por vuestros enemigos: pondré mi rostro contra vosotros; caeréis ante vuestros adversarios, y quedaréis sujetos á los que os aborrecen. Huiréis sin que nadie os persiga.... Quebrantaré la dureza de vuestra soberbia.... Traeré sobre vosotros la espada vengadora de mi alianza; y cuando os refugiáreis á las ciudades enviaré pestilencia en medio de vosotros, y seréis entregados en manos de enemigos.... Comeréis y no os saciaréis.... Destruiré vuestra tierra, y os esparciré por las naciones.... Desenvainaré mi espada en pos de vosotros, y quedará yerma vuestra tierra y vuestras ciudades destruidas.... Ninguno de vosotros osará resistir á los enemigos.... Y si aún no quisiéreis recibir la correccion... yo os castigaré siete veces por vuestros pecados."

¿Qué os parece, señores, de es-

tas terribles amenazas? ¿No son estas voces de un Corazon amante, que habiéndonos hecho sufrir por nuestros pecados muchos de estos castigos, nos reconviene aún con misericordia, nos solicita y nos atrae, para no arrojarnos finalmente de su seno? ¿No nos ha hecho entrever por una especie de prodigio, quiere librarnos de la esclavitud? Mas para concluir la obra nos exige la enmienda de nuestros vicios, el abandono de las sendas de la iniquidad, y la observancia de sus mandamientos. El amor de Dios, la caridad, la unidad de accion, deben ser los garantes de nuestra libertad. La mano del Señor no está coartada. Cumplamos fielmente con nuestros deberes de cristianos y de ciudadanos, que al Dios de los exércitos tan fácil le es vencer con pocos que con muchos; ni jamas le faltarán Josués, Gedeones, Déboras, Sansones, Davides ni Juditas que liberten al pueblo ar-

repentido del furor de sus enemigos. Todo debemos en esta hipótesi esperarle de su amante Corazon, si le invocamos en espíritu y verdad.

¿Pero qué mucho? ¿Habeis olvidado por ventura que para desahogo del inmenso amor de su Corazon se ofreció voluntariamente á su Padre celestial sobre el Calvario por víctima de los pecados de todo el mundo? ¿No satisfizo con su Sangre preciosísima á la justicia divina? ¿No manifestó su voluntad sincera de salvarlos á todos, sin querer que ninguno se pierda sino por la rebeldía de su corazon, y el abuso de la gracia, *nolens aliquos perire*? Cuando considero pues que esta adorable Sangre es de un precio inestimable é infinito, y que todos pueden aprovecharse de ella, no puedo dexar de exclamar: ¡ó inmensa bondad de Dios! ¡ó amabilísimo Corazon de Jesucristo, que en el gran sacrificio de nuestra reconciliacion

comprehendiste á todo el género humano, sin querer que nadie perezca! El pérfido discípulo, que por un precio vil le ha de vender y entregar á los judíos; estos que le cubren de injurias y derramaron sobre el Calvario su preciosa Sangre; el Ladron que á su lado le blasfema; los que se burlaron de sus últimas palabras sobre la cruz, ninguno, señores, estaba excluido de su amante Corazon: por todos ruega á su Eterno Padre; á todos los disculpa; ninguno quiere perezca: *Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.*

¿Qué prueba mas auténtica del inefable amor de su Corazon al hombre? ¡Avergónzaos aquí, miserables hijos de Adán, á presencia de la mansedumbre é inmensa caridad de este Dios Hombre en medio de las mas atroces injurias y calumnias! ¿Qué hombre ó qué profeta llevó tan lejos el amor y la dulzura? Job en el exceso de su afliccion maldixo

el dia de su nacimiento, y respondió con dureza á los amigos que censuraban su conducta. David próximo á la muerte mandó á Salomon no dexase sin castigo los atentados de Joab y los ultrajes que le habia hecho Semei. Isaías perseguido de muerte por sus enemigos, pide que Dios sea el testigo y el vengador de ella. Jeremías oprimido baxo un promontorio de piedras, cubre de maldiciones á los judíos, y concluye con estas terribles palabras: Señor, no los perdoneis, ni falte jamas su pecado delante de sus ojos. ¡Pero qué distinto language el de Jesucristo sobre la cruz! Padre mio, perdónadlos, que no saben lo que hacen. Convenia ¡ó amabilísimo Jesus! fué- seis vos mas caritativo que todos los justos del mundo, como fuente que sois inagotable de amor y santidad.

Mas para acabar de conocer la ardiente caridad de este inflamado Corazon, acerquémonos al altar, tea-

tro agosto y eterno monumento de su amor. ¡Quién tuviera, señores, el ardor de los serafines y la elocuencia de los Nacianenos y Crisóstomos para describir dignamente este compendio de las maravillas del Señor! Solo el discípulo amado, que en la noche de la Cena se recostó sobre el pecho de nuestro Salvador, puede darnos idea de los adorables secretos que le reveló Jesucristo. Solo este apóstol nos descubrió en breves palabras la fineza, la magnificencia, la prodigalidad y duración del tierno amor del sagrado Corazón de Jesús á los hombres. Sabiendo, dice, que llega su hora; esto es, la de ser entregado en manos de los pecadores, para consumir el sacrificio de la cruz y redención del género humano, habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin, dexándolos un monumento eterno de su amor.

Tal es el Sacramento de nues-

tros altares, donde adoramos su Cuerpo, su Sangre, su Divinidad, sus perfecciones y atributos. Sacrificio inefable y monumento auténtico de su amante Corazón. Sacrificio universal, que se ofrece en todos los lugares del mundo todos los dias y casi en todos los instantes. Sacrificio constante, que debe durar hasta la consumacion de los siglos para memorial de las maravillas del Salvador y eterno monumento de su amor al hombre. Sacramento inefable, en que se nos da por alimento para deificarnos y hacernos una cosa consigo mismo, como proporcionalmente hablando lo es nuestro adorable Salvador con su Padre celestial.

¡O amor incomprehensible del Corazón de Jesucristo, que mira como sus delicias habitar entre los hijos de los hombres! ¡O amor inefable, que espera con paciencia las adoraciones de algunas almas justas,

sufriendo al mismo tiempo el desprecio de infinito número de hereges, incrédulos, libertinos y malos cristianos! ; O amor incomparable, que sin cansarse de la ingratitude del hombre va á buscarle, como el buen pastor á la oveja descarriada, en las cercanías de la muerte para servirle de viático en su viage á la eternidad, llamándole como padre amoroso á su rebaño, antes de sentenciarlo como juez inexorable! Todo, señores, conspira á manifestarnos el inexplicable amor de Jesucristo á los hombres, y que por mas criminales que sean ocupan mientras viven lugar en su Corazon; es decir, que desea sinceramente la salvacion de todos, con tal que correspondan á su gracia. Ninguno quiere se pierda: *nolens aliquos perire*. Pero exige al mismo tiempo, que como nos ha amado, le amemos. *Dilexi vos; manete in dilectione mea*. Segunda reflexion del discurso, que

paso á exponeros con brevedad. Seguidme atentos. II. Jesucristo que por un efecto de su inmensa bondad é infinita misericordia se dignó amarnos hasta el fin, dándonos lugar en su Corazon, y quedándose Sacramentado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos para servirnos de alimento espiritual en el desierto de esta vida y hacernos coherederos de su gloria, solo nos pide el corazon en recompensa: *fili, prabe mihi cor tuum*; y esto con el fin de hacer en él ostentacion de su magnificencia é inmensa caridad. ; Habrá pues entre nosotros quien rehuse una tal ventaja? ; Habrá quien se niegue á tan interesante peticion? ; Ah! reconoced, señores, que nuestra verdadera felicidad consiste en amar á Jesucristo para tener lugar en su Corazon. Esta es el ánco-
ra de nuestra esperanza; y nuestra mayor gloria estriba en que nues-

tro Salvador quiera recibir nuestro corazón y tener lugar en él. ¡O amabilísimo Jesús! ¿quién es el hombre, ó qué has visto en él, que tanto le engrandeces? ¿Necesitais acaso de su amor para ser feliz por toda la eternidad? ¿Puede él añadir algo á vuestra gloria esencial? Nada menos. Cuando nos pide pues el corazón; es decir, el amor, *manete in dilectione mea*, es un puro efecto de su infinita bondad, que mira á nuestro propio interés. Ni juzguéis con error que esta petición que nos hace del amor sea un mero consejo ó una obra de supererogación. Es un riguroso precepto que incluye la caridad, en que estriba toda la ley que nos impuso para ser salvos. Es pues necesario este amor para permanecer en Jesucristo y para que el Señor permanezca en nosotros: *dilexi vos; manete in dilectione mea*. A este fin nos pide el corazón: *fili, præbe mihi cor tuum*.

Mas nos lo pide todo entero, segregado de los objetos seductores del siglo, de los placeres culpables que embriagan á los mundanos, de la soberbia, ira, luxuria y demas vicios capitales que deshonran nuestra profesion de cristianos, y que nos han atraído mas de una vez la indignacion de Dios. Exige pues de justicia corazones generosos, fervorosos y constantes en su amor: corazones que le amen con ternura como á Padre y Redentor: corazones que lo desprecien todo por Jesucristo, que celen su honra y gloria: corazones que estén preparados y resueltos á defender sus inviolables derechos, á sostener el sagrado vínculo de caridad que nos debe unir en el Señor: corazones que sufran con paciencia las persecuciones por defender el depósito de la fe y verdadera religion de nuestros padres hasta agonizar por la justicia: corazones benéficos á sus próximos,

llenos de piedad con el desnudo, de conmisericordia con el afligido, y de misericordia con el pobre.

¿Mas dónde estan, os ruego, estos corazones tiernos, generosos y constantes, que ardan inflamados en el amor de Dios y de su próximo? ¿Dónde entré vosotros aquel sagrado fuego que su Corazon amante vino á traer sobre la tierra, con el fin que ardiese en todos sin cesar su inefable caridad? ¡Ah! permitidme, señores, lamente la falta casi universal de este precioso gage de la felicidad eterna. A excepcion de ciertos corazones puros é inocentes, de ciertas almas solícitas, que velan sinceramente sobre el negocio árduo de su salvacion; que meditan de dia y noche en la ley santa de Dios, siguiendo las inspiraciones de su gracia, ¿qué otra cosa se ve en el mundo que aquella olla encendida que se representó al profeta, arrojando llamas de luxuria, de ódio,

de venganza, de orgullo, de amor propio y afecto á lo terreno? Se ven corazones tiernos y sensibles, no para llorar sus pecados y tributar á Dios los debidos homenages, sino para sentir la pérdida del oro, de una belleza frágil, de una vil criatura ú otros miserables objetos de esta naturaleza, á quienes tienen erigida ara é idolatran. Corazones sensibles al oír las mentiras del teatro, y pederuales duros cuando se les anuncian las mas terribles verdades desde el púlpito. Corazones tiernos, á quienes conmueve en la escena la desgracia de un héroe fingido, quedando indolentes é insensibles al oír pronunciar de parte de Dios la terrible sentencia de su condenacion si no se enmiendan: *nisi pœnitentiam egeritis, omnes similiter peribitis.*

¿Es este, os ruego, el corazon contrito y humillado que el Señor nos pide? ¡Ah! yo, señores, me estremezco cuando oigo á S. Pablo

cubrir de anatemas al que no ama á Jesucristo: *qui non amat Dominum Jesum Christum, anathema sit.* ¿Qué juicio pues formaremos de esta nube de incrédulos, deístas, materialistas y ateístas prácticos, que baxo el nombre obscuro de liberales, trabajan sin cesar por el exterminio total del trono y del santuario? ¿Aman estos á Jesucristo? Yo bien sé que se proclaman á sí mismos *católicos, y que profesan el evangelio.* Esto mismo decia Rouseau, cuyas máximas adoptan. Conocedlos como á los árboles por sus frutos. Lo que sus obras presentan y sus escritos producen son la inmoralidad, la irreligion, la libertad de conciencia, la insubordinación á las potestades legítimas, el trastorno de todo lo profano y sagrado para substituir el imperio de la razon y del nuevo filosofismo francmasonico al de la religion y fe de nuestros padres. En sus labios reina á veces el

nombre de Jesucristo, la humanidad, la filantropía ó amor al hombre, el bien de la patria, su felicidad é independencía, la reforma de abusos y costumbres; mas su corazón está lejos del Señor. Fieles discípulos de los albigenses, husitas, wiclefistas, de Lutero, Calvino, Rouseau, Voltaire, Diderot, d'Alembert, Necker, Mirabeau &c. &c., solo manifiestan el odio á Jesucristo, á su iglesia, á sus ministros y á toda gerarquía. Sus planes todos y sus escritos, á imitacion de los pseudo-filosófos de Francia, solo respiran inhumanidad, exterminio de la religion, de la patria y del trono. Una triste experiencia nos ha hecho palpar estas verdades, demasiado sensibles para los corazones que aman sincera y constantemente á Jesucristo; para aquellas almas digo, que penetradas del amor que al Señor debemos, corresponden agradecidas á los abatimientos de su encarna-

cion, á los trabajos de su vida mortal, á los sufrimientos de su pasion y muerte, á la institucion de sus adorables sacramentos, á las repetidas insinuaciones, movimientos é impulsos de su gracia, efectos todos inefables de su amor al hombre. ¿Qué podrá pues alegar éste para no amarle con ternura y generosidad?

Generoso llamo un amor que no esté dividido entre Dios y el mundo, como el de los cristianos de solemnidad. Estos, que ademas de los llamados *liberales*, son en gran número, han adoptado un sistema de religion y de moral, que el evangelio proscribe abiertamente. Pretenden, digo, servir á un mismo tiempo á dos dueños, uniendo á Cristo con belial, y la luz con las tinieblas: pretenden colocar en su corazon á Jesucristo, sin arrojar de él la ambicion, la vanidad, la avaricia y el objeto de sus placeres cri-

minales; ídolos abominables, á quienes de ordinario ofrecen sacrificios con injuria del Salvador. Contentos en efecto con ofrecerle ciertas peticiones, sin devocion y sin espíritu, de nada mas cuidan para creer segura su eterna felicidad. En esta paz funesta, de que tanto se lamenta un profeta, duermen y descansan tranquilos mientras Dios los reprueba.

¡Ah! no queráis errar, hermanos, porque el Señor no puede ser burlado. Llegará cuando no lo penseis aquel funesto dia en que todo pecador impenitente debe rodar á los pies del trono de Dios, y entonces, entonces conoceréis á pesar vuestro que el amor del mundo y el de Jesucristo son entre sí tan incompatibles como la luz con las tinieblas. Entonces os desengañaréis que cuando nos pide el corazon nos lo pide todo entero, porque así nos entregó el suyo en su vida laboriosa, sobre la cruz y en el adorable

Sacramento de nuestros altares.

Para agradarle pues es necesario que nuestro corazón sacrifique generosamente todo lo que se opone á la ley de Jesucristo; es decir, las pasiones criminales de este tiempo, por no ser dignas, segun el apóstol, de la gloria que Dios nos tiene prometida y de los designios del Corazón de su Unigénito, que consisten en que le amemos sin reserva sobre todas las cosas. Este fue el sistema de religion que siguieron los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y demas justos que alaban sin cesar al Cordero sin mancha. Este desprendimiento de todo lo terreno, esta pobreza de espíritu por amor á Jesucristo, esta generosa y firme resolucion de adorarle en espíritu y verdad con preferencia á todo, es la única senda que la religion nos propone para dar á nuestro adorable Salvador el

debido lugar en nuestro corazón, y obtener por este medio la eterna felicidad.

Yo bien sé que en esta senda se experimentan tribulaciones y trabajos. No ignoro que la concupiscencia, este ángel de satanás, de que tanto se lamentaba S. Pablo, se rebela con frecuencia contra el espíritu; que nos solicita, nos atrae, nos arrastra ácia el mal, y que pretende hacernos fuerza. Pero el reino de Dios, dice Jesucristo, padece violencia, y solo con violencia se arrebatada. Es necesario pues para salvarse hacer frente con firmeza al torrente de las pasiones y enemigos del alma. Y pues nuestra vida no es otra cosa, segun el Espíritu Santo, que una cruda guerra y una continua lucha contra ellos, para conservar el precioso depósito de nuestra fe, informada por la caridad; peleemos con esfuerzo y generosa constancia, para dar á Jesucristo en

nuestro corazón el lugar que de justicia nos exige cuando dice, permaneced en mi amor: *manete in dilectione mea.*

En efecto, señores, no son ardores pasajeros, que á manera de fuegos fáttuos se extinguen prontamente; ni movimientos de fervor, que ahogan al momento los objetos seductores del siglo, los que Jesucristo exige de nosotros. Un corazón voluble, dice un sabio, un corazón errante, un corazón que se abre al amor y se cierra con frecuencia; un corazón hoy de fuego y mañana de hielo no es digna habitación de Jesucristo. Su reino inmortal solo está prometido al que perseverare hasta el fin. Prescindiendo en efecto por ahora de los Tertulianos, Orígenes y Julianos, ¿cuántos brillantes astros de la iglesia no se eclipsaron por no haber perseverado en el amor del Salvador? ¿cuántos después de haberle servido muchos años

lo han arrojado de su corazón para colocar en él el abominable ídolo del pecado? ¡Ah! sus corazones volubles é inconstantes mudaron de objeto, y por consiguiente mudó su destino.

¡Temblad, justos, y estremeceos! El que está en pie, dice el apóstol, cuide de no caer. Armaos del escudo de la fe, sin perder jamas de vista la caridad, alma y nervio del cristianismo. Esta virtud será coronada en el cielo, al paso que el amor criminal á las criaturas será castigado en los abismos. Vosotros pues que tanto os preciais de ser constantes en vuestros propósitos, no siendo á veces los mas inocentes, y que miraríais como un deshonor faltar á vuestra palabra, cumplid con exactitud la que disteis al Señor en el sacro bautismo cuando fuisteis reengendrados en Jesucristo, para amarle en vida y gozarle en la eternidad. Entonces renunciásteis solemne-

mente de sataná y de todas sus obras, entonces os vestísteis de Jesucristo, despojándoos del viejo Adán y de todas las pompas y vanidades del mundo: entonces os constituyó Dios templos vivos del Espíritu Santo, y su amor ocupó vuestro corazón, encendiendo en él el fuego de la caridad que vino á traer sobre la tierra para que ardiese sin cesar en el corazón de todos. Entonces fuisteis alistados baxo las banderas de Jesucristo para defender su honra y gloria, su religion santa, su divinidad, sus atributos y misterios, contra todos sus enemigos, llevando por escudos inexpugnables su fe, su esperanza y su caridad en el fondo de vuestro corazón. Con tales armas tenéis segura la victoria de vuestros enemigos; porque Dios, que es fiel en sus promesas, solo nos pide el corazón: *fili, præbe mihi cor tuum.*

¿Cómo podremos pues rehusar la entrega de nuestro corazón á Jesu-

cristo, siendo este amor tan puro, y que tanto nos interesa? No despreciéis, os ruego, las voces de su Corazón benéfico, que os ha dado muestras nada equívocas de su inefable amor, no solo durante su vida, sino sobre el árbol de la cruz y en el augusto Sacramento de nuestros altares. Y pues sin mérito de nuestra parte nos dió lugar en su Corazón, erigiendo entre nosotros un monumento eterno de su amor, correspondamos fieles á tanto beneficio, entregándole el nuestro por medio de un amor tierno, fervoroso, sin reserva y constante, para acreditar que somos católicos y verdaderos hijos de la iglesia: *dilexi vos; manete in dilectione mea.* Jesucristo os amó hasta el fin; permaneced pues constantes en su amor; que digno es su Corazón amante de recibir el honor, la gloria y la acción de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

VARIOS

esto, siendo este amor tan puro
 y que tanto nos interesa. No des-
 precie, os ruego, las cosas de su
 Corazon bendito, que os ha dado
 nuestras cada epovocas de su in-
 cible amor, no solo durante su vi-
 da, sino sobre el arbol de la cruz
 y en el arguio Sacramento de nues-
 tros alares. Y pues sin mérito de
 nuestra parte nos dió lugar en su
 Corazon, eligiendo este nuestro
 un monumento eterno de su amor,
 correspondamos fiels á tanto bene-
 ficio entregándole el nuestro por me-
 dio de un amor tierno, fervoroso,
 sin reserva y constante para serle
 tan que somo católicos y verdader-
 tos hijos de la iglesia: dilectos var-
 mantes in dilectione mea. Jesucristo
 os amo hasta el fin; permitidme
 pues constantes en su amor; que
 como es en Corazon amante de re-
 cipir el honor, la gloria y la ac-
 cion de su vida por los siglos de
 los siglos Amen. Dixit.

TABLA DE LOS SERMONES

y discursos contenidos en este
tomo.

Sermon I. Para la Octava del Santísimo Sacramento, sobre la presencia real. Pág. 9.	
Sermon II. De Sacramento, so- bre el honor y ventajas que nos resultan de la presencia real de Jesucristo en la Eu- caristía. 36.	
Sermon III. De Sacramento, so- bre el santo Sacrificio de la Misa. 60.	
Sermon IV. De Sacramento, so- bre la Comunión sacrilega. 89.	
Discurso I. Sobre la recta ad- ministracion de justicia, pa- ra apertura de un tribunal. 114.	
Discurso II. Del mismo asunto, sobre la recta administracion de justicia. 129.	

Discurso III. Sobre el mismo asunto.	145.
Sermon de Honras del regimien- to de Infiesto.	164.
Sermon de la Transfiguración del Señor.	186.
Sermon de santo Tomás de Vi- llanueva.	207.
Sermon del sagrado Corazon de Jesucristo.	226.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE N. L. LEON
 BIBLIOTECA DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA
 RES 1467 MICROFILMADO 10/5/83



